

CAPÍTULO III.

UNA REALIDAD QUE PARECE SUEÑO.

—La lucha ha empezado ya, y promete ser encarnizada.

—Yo estoy dispuesto á jugar me la vida ántes que ceder una pulgada de terreno.

—Pues la perderás.

—¿Por qué?

—Porque sin contar con que los pretendientes son muchos, y los caprichos de la mujer más, tienes dos adversarios terribles.

—Sepamos.

—El prímto y el conde del Redil. El primo, porque es primo, y como tal, tiene derecho á rozarse continuamente con ella sin dejarla á sol ni á sombra; además, hom-

bre afortunado con el bello sexo, si los hay, que por poco que tenga ella de sensible ó de romántica, se prenda de él sin remedio.

—¿Y creéis que el baroncito es el único hombre capaz de enamorar á una mujer de tales condiciones?

—Quita allá; creo que todos somos capaces de todo; lo que nos falta es la ocasión que á él le sobra, y figúrate si el niño la aprovechará. Si, por el contrario, es mujer de más cabeza que corazón, se lleva el premio el del Redil.

—¿Por qué?

—Porque además de su posición social, es el hombre más acaudalado en Madrid, el único que puede alfombrar con millones los pies de la millonaria.

Tal conversacion tenia lugar entre varios jóvenes de la aristocracia, sentados en derredor de una mesa del café Suizo, entre los vapores del ponche y el humo de los cigarros; conversacion que se fué animando con la llegada del rubio baroncito del Monte, si bien tomando distinto rumbo.

Momentos despues, y cuando rebosaba la gente en el café, un jóven pálido y ojeroso, modestamente vestido, cruzó por delante de los bulliciosos aristócratas, dirigiéndose á una mesa contigua á ellos, á cuyo derredor, apiñados y agrupados entre sí, habia triples personas de las que cogian, hablando acaloradamente, unos, de política; de literatura otros; algunos, de teatros; de noticias frescas los más, y razonablemente, ninguno.

Tomó asiento entre ellos el recién llegado, entablando desde luego conversacion con un viejo regordete, de ojos grises y pequeños, que al parecer contestaba á las palabras del jóven con cierta risita incalificable entre la burla y el desden.

—¿Qué diablos tienes que ver con ese pajarraco que hace algunos dias observo que cuando entra te mira de un modo particular? preguntó al baroncito del Monte uno de sus compañeros, refiriéndose al jóven que acababa de tomar asiento cerca de la mesa vecina á ellos.

CAPÍTULO IV.

DONDE EMPIEZA Á RECOGERSE LA COSECHA DEL BIEN SEMBRADO.

Prendiéndose el último bucle de su ondeado pelo, sentada ante el espejo de su tocador encontraremos á Adriana de Wolsey, la simpática heroina de este mal pergeñado libro, cuyo rostro pálido y ojeroso revelaba una fatigosa noche de insomnio. Contemplábala, cruzada de brazos, su buena nodriza con tal atención, que parecia estudiar en todas las líneas de su rostro, hasta que exclamó meneando tristemente la cabeza:

—Vos sufrís, hija mia; sufrís más de lo que me dejais entrever.

—Es cierto, mi buena Ana; tú, que tan-

to me conoces, puedes comprender el efecto que ha de causarme el suponerme una accion innoble y egoista. Jamas podria amar al conde del Redil, pero aun cuando este hombre fuese mi bello ideal, ¿crees que no sacrificaria todas mis ilusiones á la felicidad de mi prima? ¿Por qué, en vez de tener confianza en mí y abrirme su corazon, me envenena con sus sarcasmos, atribuyéndome una accion indigna ó infame, despojada de todo sentimiento humano?

—Vuestra conciencia está tranquila, hija mia.

—Sí, mas no mi corazon; porque mi prima sufre, y yo no puedo permanecer indiferente ante un sufrimiento del que, aunque involuntariamente, yo soy la causa.

El sufrimiento de vuestra prima difiere mucho del vuestro, contestó la nodriza, pues en ella sufre su orgullo, su egoismo, su codicia. Se le figura que le arrebatáis los millones del conde del Redil, que ya tenía por suyos, y su mezquino pecho no

puede disimular la hiel que contra vos respira.

—No, Ana, no juzgues con tanta severidad, Mi prima tiene veintiun años, y á esta edad no es el corazon tan egoista; lo bueno y lo bello tienen en él cabida. Es cierto que la mala educacion que mis primas han recibido ha hecho de ambas dos mujeres inadmisibles para todo hombre sensato, para todo hombre que quiera en su esposa una buena madre de familia, no una heroína de novela; sin embargo, si ellas realmente amaran, si llegaran á impresionarse con las bellezas y alegrías que trae en sí el cumplimiento de los deberes que Dios ha impuesto á la mujer, podrian aún ser felices.

—Eso es imposible.

—No, el corazon es susceptible de bien y de mal. Amen ellas verdaderamente, y oigan del hombre amado otra doctrinas de las á que están acostumbradas, y su corazon, aunque no sea más que por egoismo, se impresionará con ellas paulatinamente

como el ciego de nacimiento al abrir los ojos á la luz del sol no podria de pronto resistirla, pero que al acostumbrarse á ella, cada momento tendria nuevas bellezas que admirar, y más dulces impresiones que sentir. Mas ¡ay, si su amor rocae en un hombre de sus mismas ideas!... ¡vale más no pensarlo! Afortunadamente Lola ama al conde, y este amor puede conducirle á abrazar todas las virtudes, áun las que hoy más excitan su burla y su desprecio.

—¿Tal pensais?

—¡Oh, sí! y tal espero.

Meneó Ana la cabaza como protestando silenciosamente contra las palabras de la duquesa, la que continuó diciendo:

—Y es lo peor del caso que ambos sufren porque se aman y no se comprenden.

—¿Lo creéis vos así?

—No me cabe duda.

—Entonces, ¿cómo el conde os pretendia á vos?

—El conde ama á mi prima; mas com-

prende que no ruine las circunstancias que él desea, sin las cuales es imposible la santa paz del hogar; á mi no me ama, pero me ha juzgado con sobrada benevolencia, hé aquí todo.

—¿Y vos?...

—Mi corazón jamás podria amarle, pero le aprecio en lo que vale; así que he procurado hacerle mi amigo en vez de esquivarle, porque deseo tenerle en continua comunicacion con mi prima; he ido captándome su confianza y sondeando su corazón, hasta hacerle confesar que amaba á Lola con toda su alma. Anoche, sin ir más lejos, me decia mirándola con ese arrobamiento peculiar al enamorado:—¡¡Si esa mujer comprendiera lo que debe ser la mujer!!—Por esta exclamacion conocerás la verdad de lo que te digo.

—Muchas desazones temo que os va á costar vuestra venida á España, mi buena hija.

—Dios lo sabe, Ana, pues si bien muchas he sufrido, hanlas compensado ratos

de verdadera felicidad, que no creo terminados, de Dios debemos esperar lo todo bueno.

La conversacion fué interrumpida por la entrada de Meri, presentando á la duquesa un pliego de periódicos y una carta. Tomólos Adriana, y despues que con su característica amabilidad hubo apartado á las dos mujeres del aposento, sentóse en una butaca, y sin cuidarse de la carta, con mal disimulada agitacion, empezó á hojear los periódicos.

No tardó en brillar en sus ojos el fuego del entusiasmo; soltó un periódico, tomó otro, luego otro, devoró con delirio un trozo de cada uno de ellos, y terminando el último, exclamó:

— ¡Oh, Enrique! ¡Al fin ha roto tu genio las cadenas que le aprisionaban! Desde hoy tuya es la gloria y la admiracion del mundo. ¿Qué más quieres? Tu talento, tu valía te darán blasones y riquezas; éstos son los mejores, los adquiridos por tales merecimientos, no por el solo hecho de

haber nacido. ¡Oh! ¡Sé feliz cual yo deseo, pues mucho mereces serlo!

Despues de breve silencio, durante el que parecia contener las sacudidas de su corazon, tomó maquinalmente la carta que permanecia cerrada; miró el sobre, y murmuró con abandono:

— Es de Fernando. ¿Habrá algo bueno para mi pobre Isabel?

Luego de empezada su lectura, pintóse en su semblante la alegría y el asombro que produce una noticia grata é inesperada. Concluida aquella, abrazóse á los piés del Crucifijo que tenia en su alcoba, exclamando con toda la efusion de su alma:

— ¡Gracias, Dios mío! ¡Soy indigna de tanta bondad!

Media hora despues llamaba la duquesa en la guardilla habitada por su amiga Isabel, la que, al estrecharla contra su corazon, preguntóla:

— ¿Qué significa la expresion de tu semblante? ¿Es que sabes lo sucedido?

—Tantas cosas sé, querida, que no puedo comprender á cuál de ellas te refieres.

Isabel por toda contestacion clavó en la duquesa sus azulados ojos, interrogándola con una sonrisa, y murmuró:

—Si has leído los periódicos habrás encontrado un nombre que no nos es desconocido....

—Creo adivinar á dónde vas, y excuso decirte lo mucho que me alegro.... Sea tan feliz y tal su superioridad cual yo se la deseo.

—Su felicidad está en tu mano, Adriana.

—No, Isabel, en la Dios.

—¡Oh, sí! mas los dos sufrís en el silencio, los dos vivís muriendo....

—Seria en mí una falta imperdonable si tratara de ocultarte lo que estás leyendo en mi pecho; pues bien; tú, como yo, comprenderás que solo Dios puede salvar esta situacion.

—Cierto, mas....

—Hablemos de tí, interrumpió la duquesa deseando variar de conversacion.

—¿De mí?

—Si, cuando nuestro Divino Padre pone á prueba nuestra fé y confianza en Él no es para dejarnos olvidados con estas virtudes, sino para premiarnos tarde ó temprano por ellas.

—La prueba de esta verdad está en Enrique.

—Y en tí lo mismo que en él.

—¿Qué quieres decir? preguntó Isabel más con los ojos que con las palabras.

—Que mientras Dios ponía á prueba tus virtudes, mandándote toda clase de tribulaciones, preparaba el premio que queria dar á aquellas.

—Estás incomprendible, Adriana; ¿qué puede sucederme que te obligue á decirme lo con tanto rodeo? Habla.

—Aguza tu imaginacion; piensa qué es lo que más grande alegría podría darte.... por inverosímil que te parezca.

—Gran Dios!.... Casi me asustas....

—A contrario, querida, se trata de un

suceso tal, que estoy cierta ha de hacerte sentir el gozo mayor que has sentido en tu vida.

—Pero . . . ¿qué puede ser? . . .

—Medita . . .

—Por Dios, Adriana, no me atormentes; ¿qué bien será ese que temes me haga tanto daño?

—Eso digo yo . . . vamos á ver, ¿cuál ha sido el sentimiento mayor de tu vida?

—La muerte de mi Ricardo, cuyo dolor solo tú has podido mitigar, sin que por esto deje de roerme el corazón.

—Pues suponte una alegría, por descabellada que te parezca, tan grande como ese dolor.

Palideció Isabel; chispearonle los ojos, y cogió con entrambas manos las de su amiga, exclamando:

—Habla, Adriana, por mi hija, por el mismo Dios te lo pido. Tú has recibido noticias de París: ¿qué hay de mi infortunado esposo? Habla, habla por piedad, que me matas.

—Puesto que estás preparada á recibir la impresión más fuerte que recibirse puede, entérate de esta carta, que poco á poco te conducirá á do yo no podría con una sola palabra. Entre tanto, abrazaré á tu hija. ¿Dónde está?

—La llamaré, pues hace rato doña Carmen la llevó consigo.

—Lee sin interrumpirte, que Ana irá por ella, pues tan pronto como tú, debe participar de tu alegría.

Con mano trémula cogió Isabel la carta que la duquesa la presentaba, y con ávido anhelo empezó su lectura. Entre tanto Adriana despedía á su nodriza en busca de la atortunada niña, quedando ella siguiendo los ojos, y aun podría decirse, con el corazón, todos los movimientos de su amiga. El rostro de ésta pasó de la palidez al color de la amapola; creció su agitación; humeneciéronse sus ojos hasta empapar el papel en sus lágrimas; sus labios, cárdenos y trémulos al principio, acabaron por pro-

nunciar palabras incoherentes; por fin, un agudo grito escapó de su pecho en el momento que entraba su hija, conducido de la mano de Enrique de Velasco. Abalanzóse á ella como una demente, exclamando:

— ¡No eres huérfana, vida mía! . . . ¡Oh! ¡vível! ¡vível! . . .

Y abandonóla las fuerzas en términos, que tuvo que ser sostenida por el joven y la duquesa, que pálidos ambos, é igualmente conmovidos, no acertaban á hablar palabra. Sentáronla en el pequeño confidente, y separaron á su hija de sus brazos, que lloraba desesperadamente al ver el estado de su madre; Enrique estaba atónito con las palabras de Isabel, y ciego con la presencia de Adriana; ésta, procurando ocultar el estado de su alma, y balbuceando con voz en la que se traslucía toda su emoción:

— ¡Dios premia tus sufrimientos!
— ¡Tú, tú eres mi salvación; tú eres mi Dios.

— Isabel! . . . no blasfemes.

— Todos, sí, todos te deberémos la felicidad.

— Calla por Dios . . .

— ¡Ella! ¡Siempre ella! . . . murmuró Enrique entre dientes. ¡Oh, no hay duda que esta mujer es algun emisario de la Providencia!